

facinus, sive in mari, sive in continenti aggrediendum. Mulieres hic sunt valde robustæ, planeque viragines, corpore bene habito, forma bona: licet laboribus assuetæ, idcirco minus arrogantes. Præcipuæ regionis hujus facultates ac negotiationes sunt ferrariæ, et mollæ ad ferrum præparandum comparatæ, videlicet propter montium et aquarum commoditate, quæ ferrariæ sunt hoc tempore plures centum, his demptis quæ jam vel desertæ sunt vel in ruinam abierunt: quarum unaquæq; mille ferri centenarios in annos singulos ut plurimum elaborat. Ideoque maxima pars Hispaniæ, Galliæ, Inferioris Germaniæ, Italia quoque et Orientales regiones pleraque, India tam Orientalis quam Occidentalis ferrum hinc sibi petunt, nec-non omnis generis instrumenta, quæ eo ibidem cuduntur, veluti vomeres, batilla, malleos equorum, et alia ejusmodi: Item et omnis generis arma, tam ad lædendum, quam ad propulsandas injurias comparata, loricas, bombardas, arcubalistas, enses, longas et breves hastas. Habent insuper magnam copiam optimi calybis qui maxime expetitur á regnis et regionibus jam dictis. Fiuntque insuper in hac provincia maximæ ac pulcherrimæ naves, quibus universum circumeunt orbem: ne quid dicam de longo illo itinere ad Indias Occidentales, et eas quæ spectant ad Solis Ocasum deque cœteris navigationibus Incolarum hujus provinciæ versus partem illam Septentrionalem, frigidissimamque, quæ Terra nova vulgo nuncupatur, quæque ob continuas maximasque gelu concretas nives inhabitabilis perhibetur. Quas difficultates hæc gens magna admirabilique animi fortitudine sæpius superabit, et terrorem quem aliis hominibus incuterent, in medio mari gelu nibibusque obducti montes parvifecit: eoque loco interficiunt, non sine magno discrimine, magno numero cete et balenas adeo magnas, ut earum longitudo sit 30, 35 et 40 cubitorum, easque coquunt et liquefaciunt in magnis ahenis, indeque pinquedinem eliciunt, et in cadis quotannis in Hispaniam deferunt, indeque in Angliam, Galliam et Belgicam. Navigant quoque singulis annis verplagamilleam Terræ novæ paululum deflectentes ad Meridiem et Occidentem Solem, magno navium numero, unde annuatim adferunt quantitatem non pænitentiam catharidarum ad estimationem 1000 et amplius ducatorum, quo majori Hispaniæ parte prospicitur. Hæc provincia omnis cum sit montuosa et aspera, non est usque adeo culta, quæ tamen in ea loca coluntur, valde sunt fertilia. Vineta non habet nisi pauca in parte illius maritima, omnes autem ejus habitatores præcipue vero mulieres utuntur

pro potu liquore é malis expresso, biceram vocant. Temperata maxime hæc regio est, ut quæ nec sentit frigoris molestias, nec Solis vehementes ardores, cœlo autem utitur humido et inconstanti. Subjacet sexto climati, quod ad pontem Euxinum transit. Latitudo ejus sive elevatio est ad Sanctum Andream (quod ipsius provinciæ est principium á Meridie) cuadraginta trium graduum eum dimidio, et ad Sanctum Sebastianum, cuadraginta quatuor cum dimidio ad minimum.

---

## LAS PEDREAS

---

Artículo dedicado por un maestro á sus discípulos

---

Mis queridos discípulos: Tengo para con vosotros contraída una deuda, y voy á ver si hoy os la puedo pagar con algunas monedillas que encuentre en mi pobre bolsillo intelectual.

Que soy vuestro mejor amigo; que me encuentro entre vosotros mejor que entre príncipes y emperadores, os lo he demostrado más de una vez.

Juzgad, pues, cuánto desearé que saqueis todo el fruto posible de estas líneas, que escribo sólo por vosotros y para vosotros.

Voy á hablaros de las *pedreas*; de eso que os deleita, que os subyuga, y que ya veo aparecer tentador entre vosotros.

¡Bravo! ¡bien!, exclamará algún travieso. No siempre ha de traer V. á colación la empalagosa Gramática y las arduas Matemáticas y el austero Catecismo. ¡Viva nuestro maestro! ¡Vivan las *pedreas*!

Poco á poco, amiguitos, poco á poco.

Yo sé que á ciertos niños les encanta, les entusiasma salir al campo armados de honda, cien contra cien ó veinte contra veinte; emprender cruenta batalla; luchar con bélico ardor; triunfar en la contienda; contemplar al enemigo en vergonzosa huida, debiendo la salvación á la ligereza de las piernas.

Tampoco se me oculta que el vencedor no cambiaría aquel instante por los más felices que tuvo en su vida el gran Escipión, y que conceptúa su triunfo muy superior á todos los que obtuvieron los más ilustres y esforzados guerreros de la antigua Roma.

Mas creo yo que no siente ni piensa lo mismo el que salió vencido.

¡Qué afrenta! Volver á casa derrotado, llevando en la frente muestras no equívocas de cobardía, y en otras partes del cuerpo, como humillantes trofeos del combate, contusiones ó heridas que.... acaso pongan en peligro su vida.

¿Y cómo explicará á su madre la falta del zapato ó de la gorra que perdió en la refriega? ¿Y qué contestará al maestro cuando mañana en la escuela le haga cargos amargos por haber tomado parte en un certamen ocasionado á tantos peligros y tan poco honroso, y ante todo tan poco conforme con la ley de Dios?

Además, vosotros, que habeis estudiado la doctrina cristiana, sabeis que el quinto precepto del Decálogo prohíbe esas innobles contiendas, y que no solamente castiga al que mata ó hiere á otro, sino también al que le desea algún mal.

¿Y podreis decirme á qué obedece esa vuestra enemiga?

Muchos de vosotros no lo sabeis. Vais porque van otros. Porque ni aun podeis alegar el pretexto de vengar ofensas recibidas: casi no conoceis á ninguno de los que conceptuais como vuestros adversarios.

Sin embargo, demos por sentado que os hubiesen ofendido (y cuidado que es mucho suponer). ¿Os parece que un corazón noble y generoso, como es el vuestro, venga un agravio con un golpe ó una herida? No amigos, no. No hay mejor venganza que el perdón. Buen ejemplo de ello nos dió el divino Jesús. Sus crueles enemigos le azotaron, le escupieron, le clavarón en una cruz, y en ella sufrió afrentosa muerte. La ofensa, pues, fué infinita. ¿Y cómo se vengó Jesús? Su magnánimo corazón; su alma infinitamente noble, no podia vengarse de otro modo que perdonando; y Aquel á quien solo hubiera bastado una mirada para hundir en los infiernos á los que tan inhumanamente le martirizaron, no solamente les perdona con generosidad inefable, sino que eleva al Padre Eterno sus clementes ojos y pide humildemente perdón para los mismos que le hieren.

¡Qué hermoso desagravio! ¡Cuán grande, cuán noble, cuán digno de imitación es el que perdona!

El que perdona una ofensa, practica la virtud; el que la venga comete un crimen.

Dios y la sociedad premian el mérito; Dios y la sociedad castigan el crimen. Obrad en consecuencia.

Empero, no solo es el deseo de venganza el que á muchos lleva al campo de las *pedreas*. Muchos van allí movidos solamente por el estúpido vicio de la vanidad.

Gustan de aparecer como valientes, y por esto provocan si no son provocados. Por supuesto, que el primero que promueve una *pedrea* es tambien el primero que huye en caso de peligro; pero en caso de victoria, tampoco hay nadie que haga tantos alardes de valor!

¡Mentecatos!

¿Acaso el valor consiste en la falta de vergüenza para provocar á quien no nos ha ofendido; ó en la crueldad para dar con un palo ó una piedra en la cabeza del prójimo; ó en la destreza para el manejo de armas ofensivas ó defensivas?

No, queridos míos; no es así el valor.

El paciente demuestra más valor que el iracundo; pues el primero triunfa de sus pasiones y el segundo no las vence.

El que perdona es más valiente que el que ofende; el prudente más que el temerario; el humilde más que el soberbio.

Uno de los hombres de más viso en este siglo se lamentaba de que, habiéndose hecho temer por los más poderosos monarcas del mundo, no habia conseguido nunca vencerse á sí mismo; y más de una débil mujer alcanzó una victoria, en la que ni soñó el Coloso del siglo XIX.

Vosotros, amables niños, podeis sobrepujar en valor y en saber al que fué apellidado *Grande*.

Porque, si tanto empeño teneis en que el mundo os alabe, no os faltarán ocasiones para conseguirlo.

A tí, por ejemplo, Ignacio, te ha ofendido Moisés de palabra ó de obra; y tú, que eres bueno, y que atesoras en tu corazón sentimientos generosos y nobles, no solamente le perdonas, sino que en cuanto se te presente ocasión le buscas, no para vengarte, mas sí para abrazarle y ofrecerle tu cariño. ¿Has perdido algo con obrar así?

Vamos á verlo.

Si Moisés es un infame (y ya sabes que es todo lo contrario) si no es la suma de todos los males, te aseguro que estará deseando



que se le ofrezca un momento para probarte su agradecimiento, aun cuando para ello tenga que exponer su vida.

Y cuando la noticia de esta buena acción se divulgue, habrás ganado mchísimo en el concepto público; y no podrán los que te conozcan ménos de ensalzarla; y te aplaudirán entusiasmados; y te tomarán como modelo de honradez y caballerosidad cristiana.

No olvideis tampoco que hay un Dios justiciero que, si dispensa bienes con mano pródiga, y premia con creces el bien obrar, castiga también con severidad las malas acciones.

Pero terminemos, que ya os contemplo cansados de escuchar tan largo discurso.

No tomeis nunca parte en las *pedreas*, en esas luchas que solo tienen lugar entre muchachuelos de baja estofa, que casi siempre van dirigidas por desarrapados granujillas y que nunca pueden traer buenas consecuencias.

Si alguno os invita ú os provoca pára la *pedrea*, procurad disuadirle de ella con buenas maneras; mas si no podeis conseguirlo, apartaos de él, que es indigno de tratar con personas tan decentes y tan bien educadas como lo sois vosotros.

Adios, queridos míos. Leed con atención estas reflexiones que os hago por vuestro bien, y repetid todos á coro con vuestro maestro:

¡Abajo las pedreas!

¡Viva la paz!

F. R.

Abril de 1893.



## BI CHORIYAK



Išturiñen, lengo egun batian  
Geunden arbol azpian gordeak,  
Chori pollitak osto gañian  
Kantari, pozez beteak.

Pi..... pirripi..... pi, kantatubaz  
Etziran iñoiz aspertzen,  
Eta zebiltzan adarrez-adar  
Beste lagunak billatzen.

Etorri ziran bere lagunak  
Etziran bizirot aztutzen,  
Berak zekiten kantu legea  
Denak alkarri erakusten.

Alde egiñik, arbol artatik  
Odoyetara, aidian,  
Juan ziraden alkar arturik  
Jaungoikoaren grazian.

Pentsamentuan gu jarri giñan  
Chori ayeri begira,  
¿Nora zuazte chori chikiyak?  
¿Jauna dagoen tokira?

¡Zeiñ joan liteken aiñ errez  
Chori polliten modura,  
Doayez ondo apaindurikan!  
¿Nora? ¡Zerura! ¡Zerura!

BONIFACIO ECHEGARAY eta RAMON INZAGARAY-K egiña.

Donostian, Apirillaren 15-ean, 1893-garren urtean.



## UN SERMÓN

---

1891(?)  
El 1.º de Enero de 1901 llegué muy temprano á Roma, y lo primero que hice fué correr á la basílica de San Pedro á prepararme mi lugar para oír el sermón que debía predicar en lengua española un agustino, de quien se esperaba gran cosa, según los periódicos. ¡Ay de mí! Creí llegar muy á buen tiempo, y hé ahí que me encuentro poblada de fieles la sagrada nave. Gentes de todos lugares, y principalmente peregrinos de España, Portugal y América, habían madrugado para ir á colocarse lo más cerca posible del orador religioso. Luché, forcejeé; por fin logré colocarme victoriosamente. Grandes cirios ardían en los altares. El altar mayor resplandecía de oro y de luz con sus soberbias columnas salomónicas. Toda la inmensa basílica estaba llena de un esplendoroso triunfo. De cuando en cuando potentes y profundos estallidos de órgano hacían vibrar de armonía el ambiente oloroso á incienso. El gran púlpito se levantaba suntuoso y monumental, aguardando el momento de que resonase la palabra del sacerdote. Pasó el tiempo.

Como un leve murmullo se esparció entre todos los fieles cuando llegó el ansiado momento. Apareció el agustino, calada la capucha, con los brazos cruzados. De su cintura, ceñida al extremo de un rosario de gruesas cuentas, colgaba un Santocristo de hierro. Arrodióse enfrente del altar y permaneció como un minuto en oración. Después, despacioso, grave, solemne, subió las gradas de la cátedra. Descubrió su cabeza, cabeza grande, con una profunda calva de marfil, entre un cerquillo de cabellos canos. Era el fraile de talla más baja que alta, de ojos grandes y relampagueantes. Al pasar, ví su frente

un tanto arrugada, y en su afeitado rostro las huellas del más riguroso ascetismo. Alzó la mirada á lo alto. Sobre su frente la paloma mística extendía sus alas. Diríase que el Santo Espíritu inspirador, el que envió á los apóstoles el celeste fuego, se cernía en el augusto y sacro recinto; que la lengua del fraile, recibía en su anhelo de suprema purificación una hostia paradisiaca, en que le infundía el don de elocuencia y fortaleza el divino Paráclito. Fray Pablo de la Anunciación, así el nombre, comenzó á hablar.

Dijo las palabras latinas con voz apagada. Después, después no podeis imaginaros nada igual. Pensad en un himno colosal, cuya primera soberana armonía comenzase con el *fiat* del Génesis y acabase con el sublime espanto del Apocalipsis, y apenas os acercaréis á lo que de aquella boca brotó conmoviendo y asombrando. Eran Moisés y su pueblo delante del Sinaí: era la palabra de Jehová en el más imponente de los levíticos; era el estruendo vasto de los escuadrones bíblicos; las visiones de los profetas ancianos y las arengas de los jóvenes formidables; eran Saúl endemoniado y el lírico David calmándole á son de arpa; Absalón y su cabellera; los reyes todos y sus triunfos y pompas; y tras el pasmo de las Crónicas, el dolor en el estercolero, Job el gemebundo.

Después, el salmo florido ó terrible pasaba junto al proverbio sabio, y el cántico luego, todo manzana y rosa mirra, de donde hizo volar el orador una bandada de palomas. ¡Truenos fueron con los profetas! Terriblemente visionario con Isaías; con Jeremías lloró; le poseyó el *deus* de Ezequiel; Daniel le dió su fuerza; Oseas, su símbolo amargo; Amón el pastor de Tecua, su amenaza; Sofonías, su clamor violento; Aggeo, su advertencia; y Zacarías su sueño. Mas nada como cuando apareció la figura de Jesús, el Cristo, brillando con su poesía dulce y altísima sobre toda la antigua grandeza pública. La palabra de fray Pablo modulaba, cantaba, vibraba, confundía, armonizaba, volaba, subía, descendía, petrificaba, deleitaba, acariciaba, anonadaba, y en espiral incomparable se remontaba, extra-humana, hasta la cúpula en donde los clarines de plata saludan al Vicario de Cristo en las excelsas victorias pontificales. Mateo surgió á nuestra vista; Marcos se nos apareció; Lucas hablónos del Maestro; el *predilecto* nos poseyó, y después que el gran San Pablo nos hizo temblar con su invencible prestigio, fué Juan el que nos condujo á su Patmos aterrador y visionario; Juan, por la lengua de aquel religioso sublime,

el primero de cuantos han predicado la Religión del Mártir de Judea que padeció bajo el imperio de Augusto. Rayo y unción fué la frase cuando pintó los hechos de los mártires, las vidas legendarias de los anacoretas; las cavernas de los hombres pálidos, cuyos piés lamía la lengua de los leones del desierto; Pablo el ermitaño, Jerónimo, Pacomio, Hilarión, Antonio; y los mil predicadores y los innumerables cristianos que murieron en las hogueras de paganos crueles; y entre ellos, como lises cándidos, de candidez celeste é intacta las blancas vírgenes, cuya carne de nieve consumían las llamas ó despedazaban las fieras, y cuya sangre, regada en el circo, fertilizaba los rosales angélicos, en donde florecen las estrellas del Paraíso. El orador acabó su sermón: «La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros. Amen.»


—  
Al salir, todavía sintiendo en mí la mágica influencia de aquél grandioso fraile, pregunté á un periodista francés que había ido á la iglesia á tomar apuntes:

—¿Quién es ese prodigio? ¿De dónde viene ese admirable Chrysóstomo?

—Como debéis saber, hoy ha predicado su primer sermón, me dijo. Tiene cerca de setenta años. Es español. Se llama Fray Pablo de la Anunciación. Es uno de los genios del siglo pasado. En el mundo se llamaba Emilio Castelar.

RUBEE DARIO.

(De *El Herald* de San José de Costa Rica)





# EURIYA

(DENAK DIYOTENA)

Ara nik nola bi nekazari  
jolaſten lengo aſtian,  
entzun nituben Pello Mariren  
ardotegiko atian.  
Batek buruba arraskatubaz,  
abua bete betian,  
—atoz kontura, esaten zion,  
atoz nerekiñ batian,  
*pulamentuzko* arrazoyera  
zure erori zaitian.  
Euri premiya aundiya dago  
eziñ eſan ainbeſtian;  
baba, illarra, aza, tipulak  
porru perrejill naſtian,  
lur egarriyak galdubak dauzka  
guretzat ſuerte charrian.  
Lau euri tanto ezditu egiñ  
iya bi illabetian,  
euriyen ordeſ ego-aizia  
iguzkiyare tartian,  
ala legorrak, aize epelak  
aiñ ſeta charrez euſtian,  
denak dakigu gaitz ori dala

nekazariyen kaltian.  
Baña alare beiñ edo beſte  
urte ona izatian,  
gari, artuak ta ſagastiſyak  
ugaritsu ikuſtian,  
eta orduban nekien truka  
lau kuarto irabaztian,  
eſaten degu ¡konforme gera!  
¡konforme onenbeſtian!  
orrengatikan naiz euri gabe  
Pachi, konforma gaitian.  
—Pillipe, ondo mintzatzen zera  
ederki zure uſtian,  
dirudizula diruba palaz  
ſartzen dezula echian.  
Baña kolpian aſarreturrik  
diyo errabi puertian:  
—¿Noiz arte onek iraun biardu  
beſte amabi urtian?  
—Ezta euririk, Pachi neria  
egon zindezke pakian,  
Arana jaunak pelota plaza  
bukatzen duben artian.

V. IRAOLA.

19 Abril 1893.

## LA PRIMERA COMUNIÓN

---

### Antes de la Misa.

Cual la pintada avecilla  
eleva, cantando, el vuelo  
á la inmensidad del cielo,  
en un perfumado edén,  
elevemos nuestro canto  
á Jesús, flor de las flores,  
el amor de los amores,  
la fuente del sumo bien!  
¡Ante tu inmensa grandeza  
mírame, mi Dios, postrado!  
¡Perdonáste mi pecado  
por tu celestial amor,  
y vás, *tu esencia infinita*,  
hoy, á compartir conmigo!....  
¡Yo te adoro y te bendigo,  
Omnipotente Señor!

### A la consagración.

¡Salve, augusto Sacramento,  
fuente de salud y vida!  
¡El alma, de gozo henchida  
y de celestial unción,  
á la Eucarística mesa  
se acerca, alegre y dichosa,  
á recibir, venturosa,  
la Sagrada Comunión!

---

**A la Comunión**

¡Hostia bendita, Padre amoroso,  
Verbo divino, cuerpo precioso,  
sangre adorable de todo un Dios!  
¡cuánta delicia, cuán dulce calma  
al recibirte, siente mi alma!....  
¡No me abandones nunca, Señor!

**Después de la Comunión**

¡Cuán alegre y feliz me contemplo!  
y este gozo, lo cifro en tu amor!  
¡Ház, que siempre, siguiendo este ejemplo,  
te reciba, mi Dios, con fervor!  
¡No permitas, Señor, que mi vida  
se deslice sin calma ni fé!  
¡Sé mi estrella, mi norte, mi egida,  
y adorando tu amor, moriré!

ADOLFO COMBA.

Abril de 1893.



## NUESTRA ADMINISTRACIÓN JUZGADA POR EL GOBIERNO

---

### CARRETERAS PROVINCIALES

---

El Ministro de Fomento, Sr. Moret, ha publicado un R. D. sobre modificación del personal de carreteras. Esto nada tiene de particular porque todos los días vemos decretos análogos, pero en el preámbulo del que nos ocupa, hay algo que nos interesa recoger, porque el señor Moret proclama una vez más las excelencias de la administración bascongada como la han proclamado otros muchos políticos, sin perjuicio de agobiarnos luego con nuevas cargas que hacen imposible la vida de los pueblos, y de procurar escatimarnos nuestra autonomía administrativa.

Hablando de la conservación y reparación de las carreteras, dice el Sr. Moret que importa saber que en Francia, la de los 37.600 kilómetros de caminos nacionales, semejantes, aunque de dimensiones y construcción superiores á las carreteras de primer orden de España, cuestan por término medio (el kilómetro) 791 pesetas; los caminos departamentales, comparables á nuestras carreteras de segundo orden, están calculados en 452, y los caminos vecinales equivalentes á nuestras carreteras de tercer orden, en 166, ó sea un término medio de 352,02 pesetas.

En Italia, según los datos oficiales que publica la Administración pública, la proporción es la siguiente: carreteras nacionales ó de primer orden, 737 pesetas; carreteras provinciales ó de segundo orden, 410; carreteras municipales, 180; cuyo término medio es de pesetas 442,03.

Ambos tipos se refieren sólo al material y mano de obra, sin tener en cuenta para nada los gastos de dirección.

En España el término medio calculado de igual manera se eleva á 703 pesetas, ó sea 351 más que en Francia y 261 más que en Italia.


Tomando esta comparación tan sólo como indicio y buscando criterio más seguro y práctico para basar un juicio definitivo, ninguno mejor que el dato tomado de nuestro propio territorio. En él hay una red de carreteras de 3.569 kilómetros construida y conservada por las Diputaciones y Ayuntamientos forales en las Bascongadas y Navarra, con absoluta independencia del Gobierno central y cuya conservación cuesta en cada provincia:

Alaba.....	396	pesetas
Guipúzcoa.....	545	»
Nabarra.....	295	»
Bizcaya.....	593	»

Término medio 457,25, ó sea 245,75 pesetas ménos que las carreteras del Estado; cifra que multiplicada por los 28.902 kilómetros de la red oficial, implicaría en este presupuesto, pesetas 7.022.943 de economía.

Y no se diga, para atenuar el efecto ó la sorpresa que esta comparación produce, que allí el clima favorece la conservación de las vías públicas, porque el exámen de los gastos de cada una de las 45 provincias restantes, prueba que no sólo se halla esa diferencia en las que están limítrofes á las Bascongadas, sino que entre las que figuran en la zona Norte, en la central y en la meridional se ofrece el mismo contraste, con lo cual se aleja la posibilidad de explicar tamaña diferencia por el solo hecho de la influencia climatológica. Pero aun cuando algo pudiera concederse á esa causa y otro poco haya de atribuirse al material, todavía, teniendo en cuenta el tráfico que por ellas se hace, habrá de *reconocerse paladinamente la superioridad de aquella Administración.*

Nos satisfacen grandemente los elogios del Sr. Moret.







# LA MISIÓN DEL MARQUÉS DE IRANDA

## EN 1795



### IV

Ya hemos dicho que no estaba completo el legajo que, de entre los que han ido afortunadamente á parar al palacio de los duques de Bailén, contenía las minutas del marqués de Iranda sobre su misión diplomática. Faltan las correspondientes á los documentos incluídos en la comunicación anteriormente copiada, como faltan las que en este expediente debían tener el número 2 y los sucesivos hasta el 10. Pero ninguno de ellos es de grande importancia, porque, en expectativa de los poderes, no podían los representantes franceses comprometerse á nada que fuese práctico y eficaz para terminar la guerra. Godoy instaba porque cesasen las hostilidades, y Moncey, animado con las esperanzas que debían infundirle los refuerzos que le llegaban y las noticias que recibía de Cataluña, no daba punto á sus preparativos en la línea para operar con resultados ya decisivos.

Las minutas números 10, 11 y 12 lo explican con harta claridad. La primera dice en su comienzo: «Al tiempo que salía de Hernani para venir á esta (luego se verá que era en Bayona, y el 5 de julio, donde escribía Iranda), recibí el oficio de V. E. de 28 del pasado en

que me mandaba hiciese todos los esfuerzos posibles para persuadir al general francés en jefe suspendiese por ahora cualquier movimiento que intentase, en atención á las circunstancias en que nos hallábamos de tratar de la paz.

»Ya habrá visto V. E. por mi carta del mismo día, que había anticipado esta diligencia en los términos que podía permitírmelo mi situación, bien que sin la menor esperanza de conseguir mis deseos. En efecto, demasiado se han verificado mis recelos, como lo habrá reconocido V. E. por las relaciones exactas, que no dudo le habrán dirigido nuestros generales de la frontera.

Moncey me contestó; procuró disculpar sus procedimientos, y me dió razones que ciertamente no me convencían; pero ¿qué le había de hacer sobre lo hecho? A mi regreso á Hernani, donde he dejado por precaución todos mis papeles, enviaré á V. E. su contestación, y mi réplica, aunque una y otra á nada pueden ya conducir.»

Iranda se había trasladado á Bayona para estar más cerca de los representantes de la Convención y adquirir noticias que no le llegarían en Hernani. Había salido de esta última población, según manifiesta en su despacho número 11, el 4; viendo á su paso por Fuente-rrabía cómo demolían los franceses aquellos muros que no había logrado humillar el padre del gran Condé. El 5 había llegado á Bayona, visitado el 6 á los representantes Meillan y Bousquet, y recibido á su vez de ellos muchas atenciones y su visita el 7.

«El 8,—dice Iranda en el citado despacho,—Meillan, que es el representante con quien tuve mi conferencia en Urtubia, me vino á ver en particular, y me dijo que no había aún recibido respuesta del extraordinario que despachó el 27 del pasado á París con la noticia de hallarme ya con los poderes de mi corte para tratar de la paz, y que no debía extrañar la tardanza, porque había en el interior muchas postas muy mal servidas: quedamos en que luego que tuviese la menor noticia, vendría á comunicármela, y aunque ya somos á 11, no me ha dado ninguna. Entre tanto, confieso á V. E. que me estoy consumiendo, y que si su silencio dura aún algunos días más, estoy determinado á enviar directamente un correo al *Comité de salut public*, para informarle de todo lo ocurrido y pedirle una respuesta categórica.»

El despacho número 12 hace comprender que aun sin haberse recibido de París el nombramiento de la persona que hubiera de entenderse con Iranda, éste se había propuesto sentar bases, que recibie-

ron la aprobación real para el tratado de paz que se había forjado la ilusión de que se ajustaría en muy pocos días. Dos son los puntos sobre que el gobierno español debió presentarle observaciones ó dirigirle alguna instrucción fija, el de la religión y el del comercio de los extranjeros en América. No discute la primera, todo lo contrario, se satisface con manifestar sobre ella lo siguiente: «¿Cómo podría yo olvidar un punto de tanta magnitud? pero supuesto que según mi plan los dominios del rey han de quedar intactos é íntegros como hasta ahora, es consiguiente que no puede haber ni habrá la más mínima novedad en punto al ejercicio de la religión católica; y me parece indecoroso á la soberanía capitularlo expresamente con la Francia, cuando S. M. no necesita de consentimiento ni anuencia para mandar en sus Estados lo que le parezca más conveniente».

Sobre la segunda, esto es, sobre la instrucción acerca del libre comercio en América, entra el marqués en consideraciones que revelan un profundo conocimiento de la materia, demostrado terminantemente en la proposición que había presentado al representante ó se proponía presentar al negociador que la Francia nombrase.

«Mi proposición—decía—ha sido: Los franceses, como los demás extranjeros, podrán contratar en su propio nombre con las Américas. El fin que se propone todo Estado político con su comercio en sus colonias es la mayor extracción é importación posible de sus frutos y géneros, sin tomarse el cuidado de averiguar lo que ganan ó pierden los cooperantes.»

Trata después del estado de la Francia, tanto en sus relaciones exteriores como en su administración interior, y termina diciendo: «Estas son Excelentísimo señor, las reflexiones que me ocurren sobre sus advertencias; y concluyo con asegurarle que, en el caso de que esta negociación haya de pasar por mis manos, tendré grandísimo cuidado en exigir todas las seguridades posibles para mejorar nuestra actual situación y libertarnos del resentimiento de la Inglaterra; pero para mejor combinar mis proposiciones, desearía tener una noticia exacta del estado actual de nuestro ejército y marina, y de los navíos y tropas que se podrían destinar á las Américas sin faltar á las atenciones de la Península.»

Lo más importante para el Gobierno en esta correspondencia debía ser lo referente á la suspensión de hostilidades; y comprendiéndolo así el marqués de Irlanda, y para cumplir lo ofrecido en su despa-

cho número 10, envió con fecha 15 de Julio la carta de Moncey y la contestación que él le habia dado sobre aquel asunto; documentos que en el expediente no aparecen. En el despacho número 15 se relata, sin embargo, lo sustancial de ellas. «Todas estas cartas, dice, se reducen á que me previno (Moncey), de parte del *Comité de salut public*, de París, que las expresiones de que me habia servido para decirle que me hallaba con poderes, no le parecían suficientes para determinarse á enviar un negociador, y que solo esperaba saberlo con certeza para elegir uno; y verá V. E. por mis contestaciones que no sólo le habia dicho lo bastante en mis oficios de 22 y 25 de Junio, sino que en el de 29 le notifiqué en términos claros, precisos y categóricos, como parece lo desea el *Comité de salut public*, que me hallaba con los plenos poderes con el motivo de manifestarle mi admiración de los movimientos que empezaba á hacer el ejército. Observará V. E. que, hallándome sin respuesta, le escribí el 13 otro papel preguntándole si habia recibido mi carta, y si en su consecuencia habia informado de su contenido al Comité por extraordinario como se lo pedia.»

»De este descuido, que me parece afectado, de las dudas del Comité, que también creo supuestas, de los movimientos de tropas, de conducciones de víveres y municiones, apresto de escalas que estoy viendo desde que me hallo aquí, infiero que los representantes, como los jefes militares, piensan muy seriamente en hacer los mayores progresos y hasta conquistar las tres provincias exentas y la Nabarra, y que hacen cuanto pueden para impedir que se entable la negociación; de modo que he llegado á persuadirme que tal vez habrán informado mal al Comité de París de todo lo que ha ocurrido en la conferencia de Urtubia y de los papeles que se me han ofrecido escribir desde entónces; pues si es cierto que Barthelemy habia empezado desde Mayo á tratar con Iriarte, sería sin duda con instrucciones previas del Comité, y éste para ser consiguiente hubiera tomado desde luego la resolución de negociar aquí ó en Basilea. Estas dudas me causan las mayores inquietudes, y preveo con harto sentimiento que no podré salir de ellas antes de quince días que tardará en volver el correo, si es positivo, como lo dice Meillan, que lo despachó.»

»Entre tanto V. E. conocerá mejor que yo la suma necesidad de hacer los mayores esfuerzos para contener sus progresos, y para que se continúe con la mayor vigilancia el crucero de la división de Goicoechea, pues es constante que hay falta de víveres y de trasportes,

y que, si no los reciben por los Pasajes, aventurarán todo para buscarlos en nuestras provincias interiores, porque de lo contrario se verían precisados á retirarse y abandonar todo lo conquistado....»

Esta comunicación es, como la anterior, de 15 de Julio, fecha en que habian tenido lugar en aquel teatro de la guerra los más graves sucesos. Los movimientos de tropas que Iranda habia denunciado el 29 de Junio se verificaban, en efecto, con elementos tantos y tal energía, que no podrían menos de producir resultados decisivos en favor de los franceses, resueltos, por lo que vemos en estos despachos, á, obteniéndolos, vender más cara la paz que como tan próxima debian considerar por las noticias de Basilea.

Ya en los primeros días de aquel mes, mientras amenazaban tomar de nuevo la ofensiva en Nabarra, donde el ejército español se habia principalmente reconcentrado, comprendiendo los generales que allí era donde debía decidirse la suerte de la campaña, habian los franceses emprendido varios ataques á la línea del Deva, con el resultado infausto para sus armas que hemos visto en páginas anteriores.

Esos ataques eran, sin embargo, como de ensayo, preparatorios del decisivo que tenían ideado, y con el objeto, sin duda, de reconocer la fuerza que se les opondría.

El 28 de Junio fué el día destinado para ese ataque general; en él comienzan para los bizcaínos los reveses de aquella última campaña, y en él también, su compatriota, el articulista de *La Época*, principiaba á calcular la resistencia opuesta á los ejércitos franceses.

Las posiciones de Sasiola fueron en aquel día forzadas por una columna de 3.000 hombres, y otra de 4 á 5.000 se apoderó de Azcárate. Aunque pudo mantenerse la de Musquirichu, ésta, como las de Eló-sua, eran insostenibles, y al amanecer del 29 tuvo el ejército que abandonarlas, quedando los franceses dueños del curso del Deva desde Vergara al mar.

Este ataque era el natural para verdaderos hombres de guerra, dada la posición ocupada los días anteriores, y aun desde el otoño último, por las columnas francesas, no el que señalaba el Vizcaíno de *La Época*, que parece desconocer por completo aquel país cuando dice: «Los guipuzcoanos apenas hostilizaron á la pequeña división Dessein, que partiendo desde el Deva, avanzó sin hallar obstáculo alguno en la sombría y estrecha garganta que conduce á Alzola, ni en



la costosa subida de Elgoibar, cuya villa abandonaron también los de Guipúzcoa después de una pequeña resistencia.

Este párrafo no sufre examen alguno geográfico, militar ni histórico.

Prosigamos, pues, sin detenernos á hacerlo.

No decayó por aquellos reveses el valor de los bizcaínos, y, por el contrario, sin dar descanso á la pelea que habia de procurarles todavía un triunfo momentáneo obligando á los franceses á contener su movimiento de avance, llamaron todas sus reservas, señalándoles á Durango por punto de reunión. En 30 de Junio escribía la Diputación al general Crespo: «Estas críticas circunstancias me obligan á suplicar á V. E. se sirva atenderme por todos los medios que le sean posibles para cortar los progresos de aquellos (los enemigos), como lo confío de su acreditado celo y amor al real servicio: bien entendido que por lo que á mí toca, he dado orden para que toda la gente útil de mis pueblos vaya á Durango luego, y desde allí á Elgueta ó donde se hallase el resto, á fin de reunirse y hacer el último esfuerzo.» Pedíale además armas con que hacer eficaz el llamamiento, manifestándole la oportunidad de escarmentar al enemigo en sus nuevas posiciones. Y el general Crespo, el más interesado en aquellos momentos por el honor de las armas españolas, que era el suyo propio, contestaba al Señorío que nunca lo hubiera desamparado, «pues una de mis primeras atenciones, decía, era conservar los hogares de unos pueblos *que tanto han acreditado su valor y constancia*; en esa confianza puede vivir V. S. y tranquilizar su espíritu, dándole gracias por la prontitud en poner sobre las armas toda la gente de sus pueblos, á los que hará entender V. S. no tardarán en restituirse á sus casas á descansar de sus gloriosas tareas.»

El llamamiento se habia hecho efectivo, y el día 2 de Julio habia reunidos en la frontera de Bizcaya más de 16.000 de sus naturales, retirándose los refuerzos por orden expresa del general Crespo, que no trasladamos aquí por no cansar demasiado la atención de nuestros lectores.

La derrota de los franceses en el monte de la Ascensión produjo la retirada momentánea á que antes nos hemos referido; pero el 9 de Julio volvieron, y ya entonces de una manera definitiva, rompiendo por Goróstola y Arricruz el movimiento de avance que no habia de cesar hasta Miranda. El general Dessein publicó en Durango una

proclama conciliadora, á que la Diputación de Bizcaya contestó con un nuevo llamamiento á las armas y un plan de campaña que no pudo efectuarse, así por no ejecutarlo una de las partes, como por haberse dirigido los franceses á Vitoria y no á Bilbao, según se esperaba. Crespo, que llevaba en sus filas un grueso destacamento bizcaíno, en cumplimiento, sin duda, del convenio de Mondragón, contramarchó á Bilbao, no sin que le valiera una fuerte reclamación de los alabeses, que se quejaron del abandono en que los dejaba. Pero no fué menor el en que dejó á los bizcaínos, pues á un nuevo ofrecimiento del Señorío para que continuase la resistencia, brindándole con hombres, raciones y dinero, contestó que él *se largaba* (sic) con toda su tropa, «y se iba á retirar á Pancorvo, y que por lo tanto se debía dar nueva orden contraria *para que se retirase también y no saliese de casa la gente de Bizcaya* que se habia mandado aprontar.»

Y, con efecto, *se largó*, á pesar de las reclamaciones más vivas y apremiantes, y *se largó* llevándose, con muchas raciones y dinero, las esperanzas todas de los bizcaínos.

Esto sucedía el 17 de Julio, manifestando el general Crespo que tenía orden expresa para obrar de aquel modo; lo cual no es extraño si se atiende al contexto de la real orden de 9 de aquel mismo mes, que vamos á transcribir para terminar este asunto:

«Han sido, decía, sumamente gratas al Rey las acertadas providencias que tomó esa M. N. y M. L. diputación en vista de los últimos ataques de los franceses é intenciones que manifiestan de ocupar á Bizcaya, según me dice V. S. en una de sus últimas cartas del 4 del corriente: con tan urgente motivo, al mismo tiempo que S. M. asegura á V. S. enviará todos los refuerzos posibles para su conservación y defensa, me manda prevenir á V. S. que si la desgracia llegase á poner las armas de los enemigos en el país, *capitulen los pueblos por medio de sus cabezas*; pero que la diputación se vaya retirando á proporción que lo haga el ejército, y que jamás se abata su nobleza con estas adversidades momentáneas, pues no estará distante el día de su restablecimiento, á cuyo objeto se dirigen todos los cuidados del Rey.»

He aquí el lenguaje mismo de Godoy á los gobernadores de San Sebastián y Pancorvo para que entregasen aquellas plazas en 1808.

¿Puede ahora decirse que Bizcaya no cumplió como buena en la guerra de la República?

Fué vencida en la lucha, como lo fué el ejército desde que el fran-

cés se vió reforzado en proporciones imposibles de contrarrestar por nuestra parte, y desde que cesó en su mando el general Caro, de tan honrosa memoria; pero fué vencida por el número y la disciplina, no por falta de valor ni carencia de patriotismo en sus hijos.

Marcillac dice: «Bizcaya se levantó en masa, como hemos manifestado antes; 8.000 hombres fueron incorporados al ejército real y 24.000 guarnecieron la frontera y defendieron con valor á Eibar, Hérnua, Ondárroa y Berriatua, cuyo incendio no pudieron evitar en una incursión que el vándalo Pinet, representante del pueblo, ordenó como medio político para atraerse el corazón de los bizcaínos. Nabarra dió también pruebas de fidelidad y proporcionó un contingente considerable. Pero ¿qué podían las masas levantadas apresuradamente y después de los reveses anteriores contra tropas victoriosas? El sistema actual de guerra es demasiado rápido para que se pueda esperar éxito de medidas tomadas en el desorden y la confusión.»

Y no se áduzca, para zaherir á los bizcaínos en aquella ocasión, el ejemplo de la guerra de la Independencia, porque, con ser muy laudable, perdería en la comparación, calculadas todas sus circunstancias.

En la lucha contra Napoleón se tardó mucho en la organización de las tropas bascongadas, á pesar de la buena voluntad de los naturales; se tardó más en dar consistencia á un armamento que hacían muy difícil la presencia constante y la vigilancia de los franceses en los valles más populosos, y sólo en 1812 y 1813 se pudo combatir con alguna probabilidad de éxito contra las fuerzas, tan bien organizadas y aguerridas, de Cafarelli y Palombini.

En esta clase de cuestiones es preciso fijar con entera exactitud las fechas, y las sacadas á luz en el presente escrito hablan con elocuencia suma en elogio de la conducta observada por los bascongados, en la ocasión precisamente en que más se les ha querido zaherir.

La desgracia se había posado en las armas españolas, y, como á las bascongadas en el valle del Deva, fué á herir á las del ejército regular en los del Araquil y del Arga. Y eso que si en algún campo de batalla se ha desplegado energía y arrancado muestras de admiración del enemigo mismo, ha sido en el de Irurzun por los granaderos provinciales de Castilla la Vieja, y en el de Ollaregui por el regimiento África, cuyas banderas llevaron por mucho tiempo las muestras honrosísimas del heroísmo de los que á su sombra pelearon en aquella jornada, última notable de la guerra en los Pirineos Occidentales.

Los franceses no se detuvieron hasta Miranda, y hubieran seguido adelante sin las noticias de Cataluña, nada favorables á ellos después de la batalla de Pontós, y sin las que pocos días después daban por terminada la lucha con el tratado de paz de Basilea.

JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE.

*(Se continuará)*

---

## GORANTZIAK

---

Neure adiskide maite On Leonardo Artziach, eta bere andra on  
Errepublikak Arjentinako San Nikolas de Arroyosen bizi ditana.

---

Ogetamasei urte or egiñ  
Arren, ¡o! neure laguna!  
Dakit gaur bere zelan zarrean  
Euskara maite dozuna;  
Dakit biotzez zelan deutzazun  
Berari maitetasuna,  
Bera dalako amari edan  
Zeuntsan berbeta kutuna,  
Titiaz naste gorputz ta ariman  
Umetan sartu jatzuna.

Erritar onak legez ametan  
Gaituzulako zuk bada,  
Etorri zifan emazteagaz  
Igaz gu bisitetara  
Topau zenduan erri au, baña,

Ez bertan ama laztana,  
Anchiña illda joan zalako  
Emendik zeruetara,  
Lur triste oni agur eginda,  
Betiko glorieta.

¡O! ze gozoa izango jatzun  
On Leonardo maitea!  
Zure amachok beso biakaz  
Bere kolkoan batzea!  
Munduan, gusto guztiak baña;  
Ain da gach eskuratzea,  
Errazago da gaur pobretu, ta  
Biyar aberastutea,  
Jarichi baño erbeste onetan  
Zoriontasun betea.

Igazko udan baña andreaz  
Ona zu etorritiak,  
Pozez ipiñi zituzan zure  
Iru arreba maitiak;  
Ezagun eta senide danak  
Gañera adiskidiak,  
Berba batean poz artu eban  
Ochandioko jentia,  
Alan ezpada esan daiala  
Bertan bizi dan guztiak.

Zeugaz batera zure Felipak,  
Lagun zar maitegarria,  
Ikusi deusku prestua dala  
Zu jayo ziñan tokia;  
Dala langiña, dala zintzoa,  
Argi, zoli ta garbia;  
Dala Españan beti ederren,  
Gure Euskaldun erria,  
Bestelan onuntz zergaitik dator  
Udan jentetza andia?



¡O! ze politak baita bere emen  
Diran echalde zuriak!  
Leku goyetan baita ermita  
Anchiñakoak jarriak!  
Zeuk begiakaz ¿ez dozuz barriz  
Ikusi erromeriak,  
Zelan batuten diran millaka  
Euskaldun fedez biziak,  
Zar eta gazte adoretara  
Santu beneragarriak?

¡O! zein ederrak diran emengo  
Erreka murmurlariak!  
¡Zelan ditugun fabrikaz jantzi  
Chikiak zein da andiak!  
¡O! ze galantak bañu-echeak  
Iturrietan jarriak!  
Eta ¿ez dozuz zuk zeuk ikusi  
Gure tren chistulariak,  
Erri biurtu deuskuezanak  
Baso, ach, eta mendiak?

¡O! ze gustora bere ikusi  
Dituzun emen plazetan,  
Munduan diran pelotaririk  
Onenak partiduetan!  
Aurrekuginiñik aurrenengoak,  
Dantzaz egiñaz jayetan,  
Bertsolariak bere ¿ez dozuz  
Ikusi pozez kopletan,  
Guztiz egogi, oso arira,  
Botiaz zortzikoetan?

Ikusi dozu Bilbo bere, ta  
Donostiako uria,  
Iruñan eta zein Bitorian,  
Ikusteko dan guztia;  
Ain asko azi ditugulako,

Lenak ez dira gaur iya,  
Eta onelako uri ederrez,  
¿Au ez da miragarria?  
Lau erri buruz ¿nun da beste bat  
Lur bat aiñ zoragarria?

Auše da, neure adiskidea,  
Zu jayo ziñan Erria,  
Amerikara zeñek bialdu  
Ugari daben argia;  
Beronen seme askok jarichi  
Or ebelako gloria,  
Zabaldugaz bazter danetan  
Kristiñau jakituria,  
Orain ederto gozetan dabe  
Danak goyetan saria.

Au da Artiach, zure Erria,  
Izarrez dana jantziten,  
Au da *Laurak-bat* euskaldun izen  
Ederraz dana deituten,  
Izena zuek bere *Laurak-bat*,  
Or badozue zainduten,  
Lau eskugazko kurutze baten  
Zareela zintzo lotuten,  
Euskal arraza, arraza danen  
Zoaze ispillu ipinten.

Beñik beiñ emen gura genduke  
Laurok batera aurrera,  
Izan, da zaindu kurutzedun dan  
Gure Arbola ederra;  
Gu illda bere gure semeak  
Jarraitu dayen onela,  
Deitu dagien emen zeñ da or  
«Gernikatarrak gu gera,  
Arich Arbola kurutzeduna  
Dalako gure bandera».

Agur, egiten deutsut emenche,  
Erritar laguncho zarra;  
Baña barriro igaz legeche,  
Emen batuko al gara;  
Bitartean guk daukagulako  
Ur-zelai guztiz zabala,  
Badakit noz nai iragotea  
Ori aiñ erraz ez dala;  
Baña zuk laster egiñ dagizun  
Zeruak gura daiala.

Zeure andra on, ona Felipaz,  
Igaz irago zenduan,  
Guztiz ondo ta nik artu neban  
Poz bat andia orduan;  
Zergaitik zuen maitetasuna  
Beti daukadan barruan,  
Esker oneko euskaldun batek  
Zor deutsuedan moduan,  
Bazkari eder zuekaz janak  
Ditudalako goguan.

FELIPE ARRESE TA BEITIA.

Ochandion, 1893-ko Apirillean.



VERSIÓN CASTELLANA

## RECUERDOS

á mis queridos amigos D. Leonardo Artiach y señora, residentes en  
San Nicolás de los Arroyos (República Argentina)

---

A pesar de haber vivido treinta y seis años en esa tierra, sé, amigo mio, que eres amante de la lengua euskara: sé que el amor que le

profesas arranca del corazón, porque esa lengua es la dulcísima que libaste, con el jugo lácteo, en el seno materno, haciéndola parte y substancia de tu espíritu.

Ese amor que, como buen compatricio, nos profesas, te trajo el año último en unión de tu esposa, á visitarnos. Aquí encontraste tu pueblo; mas ¡ay! que ya no se hallaba en él la madre de tu corazón, muerta hace ya años, y gozando de la dicha en las regiones celestiales, después de dar el último adiós á este triste mundo.

¡Oh cuán dulce te hubiera sido, amado Leonardo, estrechar en tus brazos á tu dulce madre, y unir tu corazón con el suyo! Mas no puede alcanzarse en este mundo el cumplimiento de todos los deseos. Más fáciles son los vaivenes de la fortuna, y subir rápidamente de la pobreza á la opulencia, que no alcanzar en este destierro la plenitud de la felicidad.

Cuando, en unión de tu esposa, viniste el verano último entre nosotros, llenáronse de gozo tus tres queridísimas hermanas: gozo que se comunicó á todos tus parientes, amigos y conocidos, y al pueblo entero de Ochandiano, como lo demuestran las manifestaciones unánimes de todos sus habitantes.

Así como tú, ha podido ver tu Felipa, ¡oh antiguo y predilecto amigo! ha podido ver la honradez que enaltece al pueblo en que nacistes. Ha podido ver la laboriosidad, la agudeza, la perspicuidad y pureza de sus hijos; y que en toda España no hay región más hermosa que nuestra Euskal-erria, según lo comprueba el número considerable de forasteros que vienen á él en la época estival.

¡Oh cuán pintorescos son aquí los blancos caseríos! ¡y las ermitas antiquísimas levantadas en las alturas! ¿No has visto con tus propios ojos nuestras romerías, en las cuales se reúnen miles de euskaldunas llenos de fé, mezclándose jóvenes y viejos á adorar y venerar á los santos?

¡Oh cuán hermosos son los arroyos murmuradores! ¡Cómo los hemos poblado de fábricas de toda especie! ¡Oh cuán espaciosos son

los establecimientos de baños que hemos levantado junto á los manantiales! ¿Y no has visto nuestros rápidos trenes que se deslizan silbando, y convirtiendo en pueblo selvas, rocas y montes?

¡Y cuán sabroso te ha sido contemplar en nuestras plazas la habilidad de los primeros pelotaris del mundo! Y los más diestros aurrekularis, que danzaban los días de fiesta; ¿y no has visto también con placer á los bersolaris, que con rara habilidad y facilidad admirable, departían entre sí en metro de zortziko?

Has visto Bilbao, San Sebastián, Pamplona y Vitoria con todo cuanto de notable contienen: mas como les hemos dado tal impulso y desarrollo, casi no parecen las mismas poblaciones de antaño; ¿y no es admirable una región con ciudades tan hermosas, con capitales tan adelantadas que es difícil encontrar otras que las superen?

Esta es, amigo mio, esta es la tierra en que naciste: ella ha enviado abundante luz á las tierras americanas, alcanzando, por medio de muchos de sus hijos, gloria no escasa, y difundiendo por doquier la sabiduría de Cristo, para gozar hoy en el Cielo del premio, á que se hicieron acreedores.

Esta es, Artiach, esta es tu tierra, que resplandece como vestida de estrellas: esta es la tierra que se decora con el hermoso nombre euskaro de *Laurak-bat*. Si vosotros velais también con cuidado por ese nombre de *Laurak-bat* que habeis ahí trasplantado, y os enlazais vigorosamente por medio de la Cruz de cuatro manos, ireis poniendo á la raza euskara por espejo de todas las razas.

¡Sí! Quisiéramos proseguir nosotros unidos formando el *Laurak-bat*, y conservar el hermoso Arbol que tenemos coronado por la Cruz; para que, después de nuestra muerte, continúen lo mismo nuestros hijos, exclamando por todas partes: «descendemos de Guernica, porque nuestra bandera la constituye el Roble con la Cruz».

Adios, te digo ahora, antiguo amigo y paisano: mas quiera Dios que otra vez como el año pasado podamos reunirnos aquí: como hay entre ambos la llanura inmensa del Océano, sé que no es sobrado fá-



cil la satisfacción de ese anhelo, mas ¡quiera el Cielo que puedas tú cumplirlo pronto!

Con tu digna esposa Felipa atravesaste felizmente el proceloso mar, dándome con ello muy grande satisfacción: á fuer de buen euskalduna no me olvido de vuestras atenciones, ni del afecto que me demostrasteis, ni de los repetidos obsequios con que quisisteis agasajarme, y he querido ofreceros un tributo de gratitud.

---

## CURIOSIDADES BASCONGADAS.

---

### PREGUNTAS 83, 84 Y 85

---

83 ¿Tiene algún fundamento la opinión sustentada por el historiador Lope Martinez de Isasti al afirmar que Miguel Lopez de Legazpi, Conquistador de Filipinas, era hijo de la villa de Legazpia?

84 ¿Cuándo nació Miguel Lopez de Legazpi?

85 Cuando murió dicho Legazpi ¿era viudo y sin hijos, conforme afirman Gorosabel en su *Diccionario* y Soraluze en sus *Últimas líneas*?

---

## PERRANDO AMEZKETARRA

---

Egon oi dira gordiak  
loriak  
Nik nai det billatzen saya  
usaya  
Eta arki leike errez  
berez  
Nola dakarkiyen legez  
*Loriak usaya berez.*

Zenbat gauza on munduan  
chokuan  
Daude larpian galdurik  
azturik  
Eta gelditzen dirala  
ala!  
Ez ditzagun utzi bada  
*Chokuan azturik ala.*

Sasipietan egonak  
gizonak  
Diamante ta urrien  
lorien  
Antzera oi dira izan  
gisan  
Ai! zenbat ote dabiltzan  
*Gizonak lorien gisan.*

Azaldu gabia ondo  
Perrando  
Zabaldu arren usaya  
artzaya  
Bañan lezateke esan  
nor zan  
Amezketan ta Tolosan  
*Perrando artzaya nor zan.*

On geyena dan lekutik  
Zerutik  
Ez eskolan ikasiya  
jachiya  
Zebillela ardi ondoren  
zuben  
Perrandok suba barrunen  
*Zerutik jachiya zuben.*

Arek etzekiyen asko  
moldezko  
Ta esku-izkribuetan  
letretan  
Bañan ura zan Euskera  
bera  
Argatik nai det atera  
*moldezko letretan bera.*

PEDRO M.<sup>a</sup> OTAÑO.



## UN DOMINGO EN MI TIERRA

---

Et requievit die septimo ad universo  
opere quod patrarat.

Y reposó el día séptimo de toda la  
obra que había hecho.

(Gens. cap. II, vers. II)

Por no dar entrada en mi corazón al tedio y al aburrimiento, lector amable, me dirigí cierto domingo, en ocasión que pasaba una temporada en el campo, á un lugar de estas provincias de cuyo nombre me acuerdo siempre con el gusto de quien le debe alegres días que se deslizaron entre el cariño de parientes bondadosos, y la despreocupación y las delicias de la dorada juventud primera. Reune además la circunstancia de ser, entre cuantos he visto en suelo bascongado, uno de los que para mí presenta fisonomía más genuina. Él no es grande, que digamos, ni tan pequeño que se le confunda con alguna de las rústicas aldehuelas que duermen, olvidadas pero felices, á la sombra del monte, y solo parecen despertar cuando vibra la campana de la humilde iglesia ó alegran el valle apacible los ecos del tambor y la dulzaina. Pero tampoco vayan ustedes á figurarse que me refiero á un pueblo de movimiento, bien empedrado y recurrido: á las nueve de la noche en verano, y á las siete, si es invierno, se oye en sus calles volar á una mosca. Su nombre, curioso lector, entre estos pobres renglones lo verás, si no eres muy corto de vista.

Eran las primeras horas de la tarde. Un cielo claro y una atmósfera serena convidaban á reir y á gozar. Por ligera pendiente descendí á la carretera, que retorciéndose como anguila, subía unas veces, bajaba otras, solitaria siempre, y más polvorienta de lo que yo y mi pobre traje oscuro hubiéramos deseado. El camino y la soledad me

fatigaron un poco, y sentéme á fumar un cigarro á la fresca sombra de un roble, cerca de un rio pequeño y silencioso. Tendido sobre la verde alfombra sombreada por el roble secular cuyas raíces se extendían en derredor cual descomunales patas de araña; viendo desvanecerse en caprichosas espirales el humo de mi cigarrillo, me entregué á mil alegres imaginaciones, mientras escuchaba el rumor del aire al jugar con las hojas, aquel de quien dijo un poeta:

«que del oro y del cetro pone olvido».

De la meditación pasé al sueño, y si no acierta á sonar junto á mí la esquila de un boyarrón que pacía por aquellos contornos, allí me coge la noche, como hay sol en el cielo. Levantéme algo sobresaltado por la tardanza, y mirando con una especie de gratitud al roble hospitalario, con nuevos bríos proseguí mi camino que iba haciendo más entretenido la proximidad del lugar á donde mi curiosidad y mis recuerdos me dirigían.

No tardé en cruzarme con un grupo de muchachos ligeros como el pensamiento, que caminaban con la chaqueta al hombro, el sudor en la frente, y en la boca... la risa de los veinte años. Llevaban ánimo de bailar hasta la Oración de la romería de una anteiglesia que se veía allá arriba, sobre una montaña por cuyas veredas trepaba con la facilidad del corzo la briosa gente campesina.

Luego tropecé con otro, compuesto de personas ya más machuchas y sosegadas. Algunos de ellos eran barbados, un poco panzudos los más y caminaban por consiguiente con ménos prisa que los muchachitos. Sus intenciones no podían ser más honradas: hacer alto en la taberna del crucero, y saborear el clásico bacalao en salsa y el vinillo nuevo.

En los caseríos inmediatos á la carretera no se sentía otra cosa que mugidos de vacas y de terneros. Hombres y mujeres parecían dormir. Algunos chiquillos en camisa me miraban atónitos chupándose los dedos, y el *blanco* y el *morico* que dormitaban perezosamente sobre el helecho, me recibían con un gruñido ronco y prolongado...

Cuando entré en el pueblo, cien ojos me miraron con benévola curiosidad.

Desde luego llamó mi atención una cosa: el número de viejas que ví. Ninguna hilaba, porque era día de fiesta; pero en desquite, sentadas en medio de la calle en sillas muy bajas, y con el tradicional pañuelo blanco en la cabeza, jugaban á las cartas con avidez, casi con



furia, sirviéndose de unos naipes que, lo ménos, entretuvieron los ocios dominicales de sus quintas abuelas... Me parece inútil decir á hijos de este país la especie de mesas en que se apoyaban. Las mismas de siempre: chiquitillas, negruzcas y tambaleantes.

De una casa vecina con emparrado, salió muy despacito un sacerdote de mucha edad, encorvado por los años, y sosteniéndose á cada paso que daba, en su bastón de ébano. El venerable se paró á hablar un poco con las jugadoras, que se levantaron llamándole con gran respeto y cariño *Don Joaquín Jauna*; dió á besar su mano flaca y temblona á dos docenas de chiquillos que corrieron á saludarle con el Ave María Purísima de nuestros padres; y quitándose humildemente el sombrero para despedirse, continuó, arrastrando los piés, su paseo. No pude quitarle los ojos hasta que desapareció, más allá de las últimas casas, en la primera curva de la carretera bañada por el sol espléndido de Mayo....

Pero sigamos nuestro paseo, lector desocupado, que dá mucho de sí la tarde de un domingo en mi tierra.

Andaba yo muy despacio, mirando á todos lados como curioso. De pronto, para darme importancia, me calé unos quevedos que á prevención llevaba, giré sobre los tacones muy despacio mirando á los aleros de las casas con aire de observador profundo; y púseme á escribir en una cartera muy grande letras como avellanas, acordándome de que los ingleses así lo suelen hacer cuando se extasían ante las mohosas ruinas de la indomable Fuenterrabía, ó presencian una prosaica riña de carneros.

De aquí para allí se paseaban con sus pollitos varias gallinas tan hermosas que era un gusto el verlas. ¡Qué poética es la vida en la aldea!, decia yo para mi capote, y así, entretenido con tan apacibles pensamientos, me encontré frente á una posada de exterior poco artístico, á la verdad, toda pintada de amarillo, con enorme balconaje de madera, y coronando la espaciosa puerta el ramo de espinos y una gran bota pintada, capaz de dar rabiosa sed de vino al más aguado. En la plazoleta que se abría frente al fonducho reposaban dos enormes galeras riojanas (que, por las trazas, no habían venido vacías) y un coche recién pintado. De la posada salían desentonadas voces de borrachos....

Un tordo muy negrilla y feo, preso en jaula de palo (que las doradas son cárcel de ruiñes), cantaba con bastante poca gracia jun-

to á una ventana del segundo piso; y los chiquillos le imitaban desde la calle; y él repetía sus gorgoritos, más ó ménos melífluos. Así me entretuve un rato; pero ya comprenderán ustedes que no era cosa de pasarse la tarde oyendo cantar á un tordo. Dejé al *solista* que hiciera las delicias del travieso auditorio, y entréme de rondón en la iglesia. Me pareció lo que me parece siempre que la veo: alta, rica, hermosísima. En cambio su sacristán ninguna de estas tres gracias tenía el infeliz; pero tan solícito anduvo en enseñármelo todo, que le tomé por hombre complaciente y de bien. No abandoné el ancho templo sin poner antes mis labios en un sepulcro que á un lado del presbiterio está: blanco y primoroso estuche que guarda las cenizas dichas de quien, pocos años antes, se arrodillaba sobre aquellas mismas losas frías que yo pisaba entonces, pálido de respetuosa emoción. Hice breve oración al mártir, y salí de la iglesia. Frente á su puerta principal se extendía la plaza, sobre la que caían desapiadados los rayos del sol, dejándola casi desierta. Casi he dicho, y no hay que olvidarlo, porque á la puerta de una taberna de estilo antidiluviano platicaban dos caseros haciendo mil expresivas gesticulaciones, con las piernas abiertas, la pipa en la boca y el vapor del vino en las testarudas cabezas....

Tomé por una cuestecilla solitaria (medio calle y medio prado) detrás de la cual veía la verde campiña salpicada de flores. Me hubiera gustado vivir en aquel rincón delicioso. Arrimada á unas viejas tapias había allí una fuente que humildemente me invitaba á beber; y bebí de sus aguas cristalinas. Del lado opuesto al en que murmuraba la fuente, entre casas pequeñas y sucias, levantábanse otras de señorial aspecto, muy negras, muy fuertes, con escudos magníficos, enormes aleros labrados, y anchas y claveteadas puertas. En la más venerable de todas se leía esta inscripción: «Muera el pecado». También las otras ostentaban las suyas con orgullo: todas piadosas ó caballerescas. Pero estaban desiertas, lector carísimo. Sus dueños gozaban hacía tiempo de las delicias de Madrid...

En lo alto de la cuestecilla una gran cruz de piedra extendía piadosamente sus brazos ennegrecidos por la acción del tiempo. Pasaba y repasaba á su lado, como atraída por misterioso influjo, la golondrina ligera, fiel amiga de todo lo melancólico y todo lo bello; y tres ó cuatro niñas jugaban pacíficamente á las tabas sobre la yerba, al pie de la vetusta cruz. Me senté yo también en un poyito, y contemplé el grupo y el paisaje, y el cielo azul; y casi me saltaron las lágrimas....

Sería algo más de media tarde cuando, harto ya de vagar por calles y plazas levantando castillos en el aire, quise dar un abrazo á dos tíos que en el pueblo tengo, de edad ya avanzada y sin hijos, más buenos que el pan de cada día. Una vereda que por allí serpenteaba entre el verde trigo me evitó el trabajo de desandar lo andado.

Yo no sé si lo diga; tal vez convendría callarlo; pero es lo cierto que á la entrada de una callejuela de esas que suelen escoger los pintores para sus cuadros (y con esto le damos patente de fea), entre unas acacias heridas del sol, y varios maderos tendidos á la sombra, sin ser vistos de nadie, pacían como buenos amigos dos jumentillos pardos de no muy linda catadura....

Pero veamos qué tal me fué en casa de mis parientes.

Salieron á recibirme á la escalera, haciéndome gran agasajo, sus tres sirvientas, y como una de ellas corriera á participar á los amos mi llegada, vinieron los dos viejos á abrazarme con tanto cariño como pudieran haberlo hecho si me llamáran su hijo. Entramos en la sala, que era espaciosa y de aspecto algo primitivo. De sus paredes, como la nieve de blancas, pendían algunos retratos y cuadros antiguos ya borrosos. El cortinaje de las ventanas, tan blanco como las paredes, caía lacio y sin pizca de coquetería sobre el frío suelo de ladrillo. Completaban su adorno un sofá de junco, mesa de blanco mármol en el centro, y buen número de sillas, entre las que descollaban por su tamaño y antigüedad algunas de las llamadas *moscovitas*. Aquello era una delicia. Allí se podía jugar á las cuatro esquinas, sin temor de que rodaran por el suelo *bibelots* parisienses. Además, era la señora de la casa, al igual de la respetable Marquesa de Villasis, muy amante del sol y del aire, «y odiaba ese misterioso y coquetuelo *demi jour* en que se refugian las beldades trasnochadas para ocultar los estragos del tiempo». <sup>1</sup> En aquella, pues, amplia sala de la que nunca me olvidaré, nos sentamos los tres muy juntitos, y previas las primeras y más expresivas manifestaciones de afecto, empezó el interrogatorio de costumbre: ¿cómo tan agradable sorpresa?; y los tuyos ¿qué dicen?; ¿es verdad esto?; ¿es cierto lo de más allá?; ¿qué hace fulano sin casarse?; y así por el estilo, hasta que me pusieron la cabeza medio atolondrada. El ama de casa, entretanto, salió por dos veces de la sala, y comprendí que no lo había hecho en vano, cuando después de un buen

(1) Novela «Pequeñeces», del P. Luis Coloma (S. J.) Libro II, cap. II.

rato en que yo hablaba como un sacamuelas, contando á mis cariñosos tios todo lo que sabia y no sabia, ví abrirse la puerta, y entrar por ella muy sonriente á la más respetable de las domésticas, trayendo una bandeja con tres jicarones de espumoso chocolate, rubio como el oro.

—Aquí, chico, no sabemos prescindir de estos refrigerios—dijo en tono jovial mi tio,—y ménos hoy que, con gran satisfacción nuestra, nos haces compañía.

Por toda contestación acerqué mi silla á la mesa en que descansaba todo aquel tenderete de jícaras, dulceras, bizcochos y azucarillos; otro tanto hizo la respetable pareja, y dando alegres carcajadas (que quizá en oídos cortesanos no hubieran sonado muy bien) dimos principio al clásico y succulento refresco, mientras llegaban á nosotros, debilitadas por la distancia, las notas, no siempre dulces, del tamboril, que, por lo visto, se habia enseñoreado ya de la plaza.

Un perro canelo y un gato, niños mimados de la casa, me venian á hacer fiestas mientras la refección. Desecharon el pan que les di, pero no el queso ni el chocolate. Se pasaban de listos.

En esto se presentó en la sala con la mayor confianza una niña como de seis años, pobre aunque limpiamente vestida, y fué de ver el recibimiento que le hicieron los viejos, cuya caridad con sus vecinos es muy grande: «¿Sabes quién es este caballero que está aquí?» decíale en puro bascuence bizcaíno mi tia, que la tenia en su falda; y como la niña movia negativamente la cabeza, asida al cuello de su protectora, y sin quitarme los espantados ojos, le dijo esta muy seria, dirigiéndome una mirada significativa: «es un señor que se lleva consigo á los chicos malos, y en cambio les da *champones* á los que son obedientes.» Yo pregunté entónces, no ménos serio que mi tia, si Joñepacho (que así se llamaba la reciénvenida) era obediente, y como me respondieran que sí, saqué del bolsillo unas monedas de cobre, y se las di.

Desaparecieron con esto los pliegues de su entrecejo, y algo parecido á una sonrisa vino á posarse á sus labios.

Quisieron entonces aquellos señores, que, en agradecimiento, mostrase la niña sus habilidades; y en efecto, puesta de pie, sobándose la cara alternativamente con una y otra mano, dijo el Padre nuestro, el Ave María y no sé cuántas cosas más, acabando por recitar la fábula de la Lechera con tantas interrupciones y trabajos (eso que habia



apuntadores), que me desternillé de risa, admirando el candor de los amos de la casa.

Luego, para dar variedad á la función, abrí un piano que allí habia, fruta de mediados de siglo, y toqué un zortziko que casi fué tan aplaudido como la fábula de la Lechera; y es cuanto se puede decir.

Se iba haciendo tarde, y tuve que decir adios á mis tios, aunque ellos se empeñaban en retenerme allí hasta el día siguiente. Abracélos; di un beso á *Joñepacho*, que me lo devolvió duplicado; las criadas volvieron á salir en corporación á despedirme, dándome, en unión con sus amos, memorias y más memorias para todo el mundo; acaricié al perro, y contento y triste, todo á un tiempo, dejé aquella casa donde reinan con todos sus irresistibles atractivos la sencillez y amabilidad bascongadas.

Llevaba en el ojal de la americana un ramito de violetas que, de puro obsequiosa, habia recogido en su jardín mi tia en persona. Al percibir el aroma incomparable de aquella flor, la más humilde entre las flores, se me representó la fuente en que bebí dos horas antes, tímida también, pero más cristalina mil veces que las que hermosean, bulliciosas, los palacios de los reyes.

Cuando me vi de nuevo en la calle, pensé en retirarme á mi cabaña, distante una legua de allí; pero el pícaro tamboril, que siempre ha de traerme á la memoria dulces recuerdos de niñez, dirigió mis pasos á la plaza. Ofrecía esta el animado aspecto que en los días festivos suelen presentar las de estas provincias á la caída de la tarde, cuando el sol nos niega la alegría de sus rayos, y las sombras del crepúsculo, deslizándose en silencio, cual ladrón que acecha su presa, se amparan de nuestros valles, para luego subirse hasta las crestas de las soberbias montañas, llenando de suave melancolía el alma. Desde los oscuros arcos de la Casa Consistorial, de antigua y sólida construcción, el tamboril tocaba con cierta lentitud no exenta de gracia, un fandango; y algunas docenas de jóvenes bailaban alegremente al compás de la eterna música dominguera, manteniéndose á cierta distancia las incansables parejas, como pide el buen gusto, sin que se lo estorbe, ni mucho menos, la sana moral. Mezcladas con gentes del pueblo, veíanse en el espacioso pórtico de la iglesia algunas personas bien vestidas, la mayor parte jóvenes, que hablaban entre sí con mucha familiaridad. Un señor gordo muy serio, armado de chaleco blan-



co, gruesa cadena de oro y sombrero de copa nuevo, se paseaba solo con alguna mayor majestad que los otros.

No sé por qué, pensé que sería el alcalde.

Acerté á pasar junto á la fuente, cuyos tres caños arrojaban abundancia de agua fresca y trasparente que al ancho pilón caía, produciendo un murmullo suave y continuado como el de una alegre conversación femenina. Sin sorprenderme mucho, vi que la habian invadido los admiradores del tordo de la posada, que, hartos ya de música, se entretenian en hacer navegar por las serenas aguas de la fuente á unos barquitos de madera con sus velas blancas y timón. Dos de aquellos pilletes se trabaron de palabras por no sé qué cosa relativa á sus embarcaciones, y la consecuencia fué darse lindamente de moquetes, hasta que vino una muchacha á llenar su herrada, y los separó; pero los niños pagaron sus buenas intenciones echándole puñados de tierra al cubo: lo cual hizo que asomaran al rostro de aquella Rebeca sin ventura los pálidos tintes de la ira.

A todo esto, oscurecía por momentos, y los bailarines procuraban aprovechar el poco tiempo restante haciendo sus más graciosas piruetas al movido compás del *ariñ-ariñ*. Flotaba en la tibia atmósfera un cierto polvillo que lo invadía todo suavemente; la animación y el bullicio habian llegado á su colmo; el tamborilero hacia prodigios...

El señor del chaleco blanco seguía paseando con mucha gravedad.

Sonó bruscamente una campana que, lo menos, debió de oirse á dos leguas á la redonda; luego otra pequeña y argentina que parecía la voz de un ángel llamando á la oración á jóvenes y á viejos, á ricos y á pobres, á felices y á desgraciados; cientos de cabezas se descubrieron en religioso é imponente silencio; enmudeció el tamboril... y cada mochuelo voló á su olivo.

VICENTE DE MONZÓN.



## ¡EUSKALDUN MAITIAK!

Gure lore ederra  
itzkuntza maitia,  
zure galdezka dago  
Euskaldun jendia;  
aspaldichoan zaudez  
chokoan gordia,  
osto berdietatik  
azaldu zaitia.

¡O! Euskaldun maitiak  
ezdet nai azaldu,  
zerengatikan zubek  
nai nazuten galdu;  
baldiñ nai banazute  
guziak maitatu,  
gaztelaniz ez iñoiz  
geiago mintzatu.

Ama da len ta bizi  
alde guzietan,  
itzkuntza au bezela  
Euskal-errietan;  
oraiñ zubekiñ nai det  
asi errietan,  
¿zertan naukazute ni  
chokoan penetan?

Igartzen dizutet nik  
oraiñ Euskaldunak,  
arras galdu dirala  
zuben zori onak;  
gaur ez daude begira  
gure aita onak,  
aiyek ziraden bada  
Euskaldun jatorrak.

Maita dezagun bada  
amacho euskera,  
azturikan betiko  
dabillen erdera;  
gaurko bide charrean  
baguaz aurrera,  
sarri sartuko gera  
guziok lurpera.

Euskaldunak izan ta  
zuen itzkuntza utzi,  
¿nola diabru bada  
nai dezute bizi?  
eztezute besterik  
batere merezi,  
ezpada erdaldunak  
jartzia nagusi.

CAYETANO SANCHEZ.

## LAS COFRADÍAS DE MAREANTES DE SAN SEBASTIAN DESDE LA EDAD MEDIA HASTA NUESTROS DÍAS

---

(AL ILMO. SR. GOBERNADOR CIVIL, PRESIDENTE DE LA COMISIÓN  
PROVINCIAL DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS DE GUIPÚZCOA,  
D. RAFAEL BARRIO)

En la sesión celebrada por el Excmo. Ayuntamiento de San Sebastian el día 22 de Noviembre pasado, al dar cuenta detallada los dignos concejales D. Feliciano Echeverria, D. Javier Luzuriaga, don Eduardo de Egaña y D. Pedro J. Astigarraga, de la distribución de las 33.352 pesetas y 43 céntimos, recaudadas en pro de las desgraciadas familias del popular marino Luis Carril y sus infortunados compañeros, que perecieron en el Cantábrico el 19 de Octubre anterior, decían dichos señores capitulares, con sobrada razón, al terminar su descargo que la corporación municipal «pudiera hacer mucho en pro de la sufrida clase pescadora, tomando la iniciativa para llegar al establecimiento de una plaza de vigía, dedicado á vigilar á las lanchas de pesca cuando salen á la mar y advertir á sus tripulantes, por medio de señales, los peligros que amenazan á sus preciosas existencias, á ejemplo de los que, con prácticos y excelentes resultados, existen en varios pueblos de la costa, solicitando al efecto la cooperación de la *Sociedad de Salvamentos marítimos de Guipúzcoa*, de la Comandancia de Marina y de una representación de los patrones de las lanchas de este puerto».

Añadió verbalmente el Sr. Echeverria, que la idea que se vertia en la última parte de dicho documento, no era «de la comisión, sino de los señores que se citan (D. Vicente Lecuona, D. Teodoro Iraizoz y D. Eustaquio Andonaegui), y han concurrido con sus conocimientos á este trabajo, por lo que, y atendiendo á que los pescadores no están agremiados, creía que el Ayuntamiento debe tomar la iniciativa».

El Alcalde Presidente, D. Manuel Lizariturry, en nombre del Ayuntamiento, manifestó su extrema gratitud hácia dicha comisión, á la que se tributaron gracias expresivas; añadió, acordándolo así la corporación municipal, que cuanto se hiciese en pro de nuestros sufridos y valientes marineros estaba bien hecho, y para poner en ejecución los deseos del Ayuntamiento, fueron designados el Síndico D. Julian de Salazar y los concejales señores Azqueta, Sagasti y Luzziaga, antiguos capitanes mercantes los tres primeros.

El nobilísimo y caritativo acuerdo del Ayuntamiento causó en toda la ciudad general satisfacción, manifestándolo así la prensa; y como dicha determinación significaba en concepto general ser el Ayuntamiento favorable y entusiasta por todo lo que pudiera hacerse en bien de nuestros pobres y valientes pescadores, la opinión pública pidió unánimemente que se hiciera algo práctico y duradero para evitar tantas muertes y el desamparo en que quedaban las familias de los que perecían en el Cantábrico.

Como este desamparo del huérfano, del inválido y del anciano procedían de la carencia de una robusta agremiación fraternal, todos los buenos donostiarras, que tanto cariño tienen á su antiquísima *Izurun* (el popular *Iruchulo* de los *erriko-ñemes*), pidieron, repetimos, que se llevara á cabo la asociación de nuestros marineros, cual existía antes, y todo ello á semejanza de lo que sucede en los principales puertos de pesca de Guipúzcoa y Bizcaya, que tan beneficiosos y útiles resultados obtienen con sus seculares *Cofradías de Mareantes*.

Deseando en nuestra humilde esfera contribuir en algo á la realización de tan benéfico fin, dirigimos al Sr. Alcalde una extensa carta en la que teníamos el gusto de comunicarle como Presidente nato de la comisión especial nombrada, diferentes datos y antecedentes sobre el particular.

Unos quince días después nos contestó el Sr. Alcalde que se trabajaba con interés, pero desgraciadamente con pocos resultados hasta a fecha, habiéndose pedido reglamentos sobre atalayas y Cofradías de

Mareantes á diferentes pueblos pesqueros del Cantábrico, y que esperaba se lograría al fin lo deseado por todos.

Ante las dificultades con que se lucha, la única y práctica solución que se presenta es, que el Excmo. Ayuntamiento procure, por cuantos medios disponga, que los patrones de las lanchas formen entre sí y con sus tripulaciones una asociación benéfica y hasta industrial con el tiempo, la cual, bajo el patronato de la corporación municipal, siendo mayordomo mayor el Alcalde, podría desarrollarse lenta pero seguramente.

De esperar es que con paciencia y perseverancia se logre convencer á nuestros pescadores de los beneficios morales y materiales que les reportaría la agremiación general entre sí, aminorando en parte las miserias y penalidades en que durante los temporales del invierno quedan ellos y sus familias, y principalmente cuando ocurren las tan frecuentes hecatombes en el Cantábrico.



Hoy en día, que de hecho y por derecho han desaparecido, puede decirse, las causas de las diferencias que antes existían entre mareantes y pescadores, puede lograrse fácilmente la agremiación de toda la gente de mar, bajo la base de la antigua y célebre *Cofradía de San Pedro de los Mareantes*, convenientemente reformados algunos artículos, anacrónicos é impracticables ahora.

Cuando existía la gran navegación en San Sebastián y Pasajes, en tiempo de la histórica y poderosa *Cofradía de San Pedro de los Mareantes*, agregada al Ilustre Consulado por Carlos III en 1766, solo podían formar parte los marineros matriculados que habían hecho los viajes reglamentarios á Ultramar, y los pescadores que pertenecían á dicha categoría naval.

Poseía la Cofradía diferentes privilegios y derechos: en primer término el limonaje, constituyendo una sociedad benéfica muy próspera y poderosa.

Los pescadores, considerados por los mareantes como sus inferiores, tenían igualmente organización especial y aparte, siendo muchos de ellos á la vez agricultores, residiendo en el Antiguo, Igueldo, Amara y Ulia, como los hemos conocido aún á varios en nuestra niñez y lo prueban los nombres de muchos caseríos de estos contornos que recuerdan hechos olvidados.



La dificultad de hallar albergues dentro de las murallas era también lo que obligaba á muchos de nuestros pescadores á vivir en caseríos.

Cuando los pescadores donostiarras no podían zarpar, por el estado del mar, se dedicaban á la agricultura, cual sucede aún hoy en muchos puertos del Cantábrico, y así no se sentían las amarguras que ahora se palpan.

Hoy desgraciadamente el pescador donostiarra, aparte de no estar convenientemente agregado, tampoco tiene aquel poderoso medio de existencia, del que antes muchos de ellos disfrutaban.

Radicalmente ha cambiado el modo y manera de ser de la gente de mar, pues aparte de las causas antes indicadas, existen en la actualidad el establecimiento de la matrícula general de mar, la disminución de la navegación de vela y falta casi absoluta de la de vapor, y el decaimiento de gran parte del movimiento marítimo del comercio directo de las casas de San Sebastián con Ultramar, debido á la construcción de ferro-carriles y establecimiento de las poderosas compañías trasatlánticas.

De esperar es que al fin se logre lo que todos deseáramos ver implantado, y ya que el objeto material y positivo no ha podido aún obtenerse, de todos modos, para que tan benéfico y humanitario ideal no decaiga, ni desaparezca con el trascurso del tiempo, fieles á la misión encomendada á la Comisión de Monumentos, de resucitar recuerdos pasados y olvidados, vamos á presentar los datos y antecedentes históricos que hemos podido hallar acerca de las Cofradías de Mareantes donostiarras, durante las investigaciones y estudios que venimos hace tiempo practicando, reuniendo datos sobre la Orden Militar del Temple en Guipúzcoa.

Para lo referente á esta memoria local, nos hemos servido, aparte de una colección de testimonios de documentos fehacientes del archivo general de Simancas, de las notas y datos que sobre historia donostiarra y guipuzcoana debe esta Comisión de Monumentos al ilustrado y digno jefe de aquel riquísimo arsenal, D. Claudio Perez Gredilla; de las obras de los historiadores Isasti, Camino, Gorosabel y Soraluze, etc., y del valiosísimo y sesudo *Diccionario Histórico-Geográfico* de la R. A. de la Historia; habiendo consultado en esta ciudad, después de practicar diferentes investigaciones en el Archivo y Biblioteca municipal, á nuestros amigos el abogado D. Manuel Gorostidi, antiguo oficial de la secretaría de nuestro Ayuntamiento; al Director

de la Revista EUSKAL-ERRIA y á cierto número de honrados y veteranos mareantes, entre los que haremos especial mención del capitán mercante Sr. Muñoa, el inteligente y antiguo atalayero del castillo de la Mota D. Leonardo Echarri, que lleva 33 años consecutivos de servicios en el monte Urgull, y los señores Emparanza, Barrenechea, Sorondo, y muy especialmente á D. Ignacio Albizu, alma, puede decirse, del actual movimiento de agremiación entre la gente de mar.

Rica es, como se verá, en antecedentes históricos, la antigua agremiación marítima donostiarra.

PEDRO MANUEL DE SORALUCE.

(Se continuará)

#### SECCION AMENA

## GERTATU BERRIYA

Zortzi bat egun izango dira  
*bulebarrian* neguala,  
gizon jakintsu *buru aundi* bat  
ez bere ustez makala  
izketatu zait, egiñaz onla  
bere doayaren gala.

Ezta geiago euri tanto bat  
sinista nezakiala;  
zeru altuko iturri danak  
—diyo—agortu dirala,  
misteriyu au liburu zarrak  
erabakiya daukala,  
eta ezdakit zenbat *patata*  
kontatu zizkiran ala.  
Nik tontu onek sinisturikan  
danak egiyak zirala,

izer egiten det, Jesús neria  
berak barkatu nazala!  
echera juan ta artzen det nere  
*guardasol* urdiñ zabala,  
pensaturikan geiago arren  
biarrikan eznuala,  
eta leyotik *zapla* kalera  
an bota det beriala,  
len esan detan zazpi peztako  
*guardasol* urdiñ zabala.

Ikusirikan oraiñ euriya  
gogoz egiten dubela,  
gizon jakintsu *buru aundiyak*  
engañatu nindubela,  
eta geroztik beraren faltan  
ondo bustitzen naizela.

V. IRAOLA.



# LA MISIÓN DEL MARQUÉS DE IRANDA

EN 1795



## V

Si con el conocimiento de los sucesos militares que acabamos de traer á la memoria nos detenemos á reflexionar sobre las causas que en Bayona neutralizaban la acción siempre celosa é inteligente del marqués de Iranda, no tardaremos en convencernos de que los gobiernos de uno y otro de los países beligerantes no se habían propuesto seguramente que fuera él quien pusiese la firma en el tratado de paz que hacia tiempo andaban ajustando. El de Madrid, por lo que ya debemos deducir, más que para contratarla, le había enviado con el fin de obtener un armisticio é impedir la invasión, que ya se temía, de Bizcaya y Alaba; y la Junta de Salud Pública, comprendiéndolo, daba largas al nombramiento del plenipotenciario que habría de entenderse con Iranda para que sus generales aprovecharan el poco tiempo que, por sus comunicaciones con Barthelemy, sabía les quedaba de pelear. La superioridad de las fuerzas acumuladas en aquella frontera y el genio, ya acreditado, del general Moncey, la harían esperar triunfos que, siendo inmediatos, proporcionarían á la Francia ventajas que veía la disputaba Iriarte en Basilea; y no sospechando

siquiera que en Cataluña podría la fortuna ofrecer á España alguna compensación de los reveses sufridos en las provincias bascas, dilataba de un día á otro el dar satisfacción á las impacencias de Iranda y del duque de Alcudia.

Este no se decidía á repetir los poderes entregados á Iranda al salir de Aranjuez, porque acababa de enviarlos plenos á Iriarte el 2 de Julio; y si la Junta de Salud Pública se resolvió, por fin, á hacerse representar por M. de Servan, fué sin duda para no faltar á un deber de cortesía y no hacer más desairada aun la posición ya embarazosa del marqués.

No podía, con efecto, serlo más; colocado entre un Godoy que ya no aspiraba más que á una cesación de las operaciones militares interin se ajustaba la paz en otra parte, y una junta y unos generales en quienes, por otra parte, no residía autoridad para suspenderlas, subsistiendo vigente el decreto de la Convención que la negaba á todos los poderes. Godoy no satisfacía á Iranda en lo que más podía halagarle, y los representantes franceses le presentaban, para disculpar el retraimiento de su gobierno, motivo, y justo ciertamente, para, sin chocar en la apariencia con sus deseos de paz, proseguir la guerra hasta obtener las ventajas que podrían en su concepto influir poderosamente en las condiciones del tratado que se estaba ajustando en Suiza.

Las comunicaciones de Iranda números 24 y 25, correspondientes al 26 de Julio y 1.º de Agosto, pondrán de manifiesto cuanto decimos. Las copiamos íntegras, porque sirven, además, para explicar varios de los puntos más interesantes que se relacionaban con las instrucciones recibidas por el marqués al salir de Aranjuez y en los despachos sucesivos iguales, según ya hemos expuesto, á las enviadas á Iriarte.

Dicen así: «Excmo. Sr.: Escribí á V. E. ayer bajo el número 23 lo que se me ofrecía en contestación á su oficio del 20, y ésta es para decirle cómo acabo de saber por las cartas de París de 17 del corriente que el plenipotenciario nombrado por el *Comité de Salut Public* es M. Servan, ministro que fué de la Guerra, y mandó al principio de ella el ejército de esta frontera. Como llegará tal vez mañana á Bayona, le anticipo mis cumplidos y le digo que se sirva elegir el paraje para nuestras conferencias; observándole al mismo tiempo que convendría procedamos con el sigilo y la circunspección posibles, á fin

de no precipitar las deliberaciones que es regular tome el Gabinete Británico.»

«Con este motivo, hago presente á V. E. que me hacen falta nuevos poderes, á fin de guardar consecuencia con la primera conversación que tuve en Urtubia, y decisiones claras sobre los artículos 8, 9, 10, 11, 13 y 14 de la instrucción, así que se lo tengo ya suplicado antes de ahora, pues del contrario será menester malograr un tiempo muy precioso en enviar y recibir correos.»

La del 1.º de Agosto dice: «Excmo. Sr.: Dí parte á V. E. en mi oficio número 24, de 26 del pasado, de la venida del caballero Servan, ministro plenipotenciario del *Comité de Salut Public* de París y de la carta que le escribí para cumplimentarle, y saber en qué paraje podríamos entablar nuestras conferencias.»

El día siguiente, 27, me escribió poco más ó ménos en los mismos términos; pero antes de recibir mi carta, y viendo que en contestación á ésta no se explicaba sobre el paraje de las conferencias, como se lo había pedido, inferí de su silencio que no se quería mover de Bayona, y me transferí aquí el 29 á la noche; en la misma le hice una visita muy corta, le manifesté mis poderes; esto es la firma del Rey nuestro Señor, para que me reconociese por el sujeto destinado por S. M. para tratar de la paz, y me retiré á mi posada.»

«El 30 me pagó la visita y me enseñó igualmente sus poderes, que le devolví; contentándome con reconocer las firmas del *Comité de Salut Public*.»

«Me habló inmediatamente del asunto que nos reunía, pero le advertí que no podía entrar en conferencia formal y de oficio, sin que antes me aclarase ó me manifestase su modo de pensar sobre un punto que me parecía de la mayor importancia. Nos sentamos y le declaré que si pensaba permitir la continuación de las hostilidades ó tenía instrucciones para pedir el menor desmembramiento de los dominios de S. M. en la Península, me sería imposible entablar la negociación, y le expuse una infinidad de razones que no refiero, porque no pueden ocultarse á la penetración de V. E.»

«Esta declaración mia procedía de que me constaba por varios avisos y conversaciones que he tenido desde que estoy en Hernani, como ya lo tengo expuesto á V. E. en mis oficios anteriores, que la adquisición de las tres provincias era el gran proyecto, tanto de los representantes como de los generales que se hallan en esta frontera, y me



confirmé más en esta idea cuando me apercibí que vacilaba bastante en sus contestaciones; pero fueron tantas las razones que le alegué, que me pareció haberle convencido que las Provincias de ninguna manera podían convenir á la Francia, si pensaba, como no lo dudaba, en una alianza cordial y perpetua con nosotros, y que las mismas Provincias quedarían arruinadas desde el mismo punto que se separasen del dominio de S. M.»

«Viendo que era preciso renunciar á esta pretensión, me propuso de compensarla con la cesión de Puerto-Rico, Santo Domingo y la Luisiana, alegándome que eran posesiones que, léjos de sernos útiles, nos empeñaban en crecidos gastos, y que ya se habían dado por Iriarte algunas esperanzas al ministro Barthelemy en Basilea. Le respondí que no me hallaba con ninguna facultad para estas cesiones, y que lo único que podía hacer era informar á mi corte de sus pretensiones, y que me las pusiese por escrito, bien que me parecía imposible que el Rey se quisiese desprender de Puerto-Rico y Santo Domingo.»

«En cuanto á la continuación de las hostilidades, me confesó ingenuamente que, lejos de aprobarlas, las consideraba como inútiles y perjudiciales á nuestro intento, que el Comité no tenía facultades para suspenderlas, y que por lo mismo no podían residir en él, respecto de que había un decreto de la Convención (según él muy impolítico é inconsiderado) para que nunca hubiese suspensión de armas aun cuando se tratase de paz; que manifestaría al Comité los inconvenientes de este decreto, y que lo más que podía hacer para complacerme sobre este particular, era ir un día de estos al ejército, como inspector general que es, y hacer entender al general en jefe Moncey cuánto perjudicaban las hostilidades á nuestra negociación, y cuánto convendría que procurase suspenderlas, mientras no estuviese provocado. Añadió que estaba muy distante de poner dificultades á nuestra reunión, y que haría todo cuanto pudiese por sí y por sus amigos para que se verificase cuanto antes.»

«Al día siguiente, 30, muy temprano envió los papeles siguientes que incluyo á V. E.:

«1. Copia de la carta que escribe al *Comité de Salut Public*, dándole cuenta de nuestra primera conversación.

Otra de las proposiciones hechas en Basilea por Iriarte á Barthelemy.

Otra de dos artículos que parecían haberse acordado entre aque-